

DAVID TEJERA

*Seis peces
azules*



XLIV PREMIO DE NOVELA
ATENEO DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios de Novela Ateneo de Sevilla estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Ángel Basanta, Miguel Ángel Matellanes, María Prior, José Domínguez León y Antonio Bellido (Secretario). La novela *Seis peces azules*, de David Tejera, resultó ganadora del XLIV Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Primera edición: 2012

© David Tejera, 2012
dav.tejerapa@gmail.com
© Algaida Editores, 2012
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9877-816-8
Depósito legal: Se. 3678-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1. Seis peces azules	13
2. La luz del viaje	23
3. El sembrador de nieve	43
4. Los dominios oxidados de Buda	59
5. El <i>Volcán Chiriquí</i>	69
6. Caminar entre los hombres	79
7. El hombre azul	99
8. Wagenstraat 15	109
9. Ratas	157
10. El diamante Jehangir	169
11. Simal	187
12. La esmeralda roja	203
13. La aleta del delfín	215
14. La habitación 303	231
15. Un pez	261
16. La Ciudad Rosa	275
17. Una cara dormida	295
18. La pared escrita	299
19. Akbar y el monte que quería beber	317
20. Barro	337

21. La caricia exacta	343
22. El <i>Hombre Azul</i> y tú	353
23. La Tierra de Nod	359
24. Llamadme Ismael	371
25. Caramelos	379
26. Vacío	395
27. Almirante Andreas Kovac	399
28. Ojos	407
29. H.P. Zeisser 0747	419
30. La luna nueva	431
31. Samoa	441
32. El Festival	453
33. Seis	475
34. Los peces	483

*A mis hijos David y Noa, y a Natalia,
las luces de mi viaje.
A mis padres, héroes.
A mis hermanos.
A los que se atreven a pensar por sí mismos,
y a los que resisten en medio de este festín de parásitos.*

El viaje

Con los ojos cerrados, escuchas. Suenan dentelladas a tu espalda. Hay un rumor de hombres que se apuñalan por una moneda, por conseguir la caricia del amo, por esquivar el rostro que les escupe el espejo.

Cuando abres la mirada descubres miles y miles de palabras que se extienden ante ti como un conjuro interminable, como un sendero que debería mostrarte el camino hacia una tierra de locos. Lejos. Más allá de las colinas que rodean Paysandú. En cuanto el sol engulla aquellas nubes habrá comenzado nuestro viaje.

1. SEIS PECES AZULES

LA QUILLA IBA ABRIENDO CAMINO AL VIEJO MERCANTE DE bandera panameña, rasgando el mar como si fuera un vestido de seda. Brillante y sereno. Los hombres descansaban en el puente de mando después de una jornada agotadora, manchados con el aceite de los motores, junto al capitán, y comentaban que era uno de los atardeceres más hermosos que habían visto jamás desde un barco. Uno de ellos, uno con los ojos de color humo, pidió permiso para salir a cubierta. Quisieron ir con él sus compañeros, pero prefirió quedarse a solas un momento. Los frenó con un gesto inconfundible de su mano. Bajó la escalerilla del puente de mando y caminó hasta la proa de ese barco moribundo con las miradas del resto de la tripulación clavándose en su nuca. Estaban a ochenta millas de Madagascar. Rumbo norte, rasgando el agua, hacia el cementerio de barcos. Quiso mirar el mar, quiso mirarlo con el rencor guardado de los últimos años. Pero el mar era un vestido de seda, brillante y sereno. Posó los brazos sobre el acero del mercante, cerró los ojos de color humo, y respiró la brisa templada del océano Índico.

Los gritos de sus viejos compañeros, aquellos que perdieron la vida ante sus ojos años atrás, se fueron sepultando en la

memoria del marinero. Sus voces, rotas de dolor, se fueron hundiendo poco a poco entre los colores de ese apacible atardecer en alta mar, que salpicaba el cielo de rojos y violetas y naranjas y hasta verdes. Olía a sal.

En el puente de mando continuaba la charla alrededor del capitán, que después de días de prudencia hacía por fin previsiones optimistas sobre la fecha de llegada al cementerio de barcos. Si la maquinaria resistía como hasta entonces, era muy posible que alcanzaran su destino antes de tiempo y embarrancaran al destartalado *Volcán Chiriquí* contra los arrecifes en menos de dos semanas. Solo de pensarlo el viejo Arnaldo Santos se frotaba las manos:

—¡Preparad los bolsillos, muchachos! ¡Y gastad el dinero con mucho cuidado, no como yo, o estaréis toda la vida tripulando chatarra como esta! ¡A ver si al final os va a pasar lo que a mí... o, peor aún, lo que al griego ese!

Y allí, en el otro extremo, seguía el griego, con los codos apoyados sobre la barandilla de proa y con las miradas de la tripulación clavadas en la nuca. En contra de lo que les ocurría a algunos de los marineros que iban a bordo, a Arnaldo Santos no le disgustaba contar con él entre la tripulación. Tenía reproches, sí, pero le prefería a bordo. Lo único que no soportaba eran esas ausencias que le invadían con frecuencia. Cuando al poco de zarpar los ocupantes del *Volcán Chiriquí* supieron lo que le había ocurrido hacía años en esa misma ruta hacia el océano Índico, llegaron a pedirle al capitán que dejara a Stéphanos en tierra nada más llenar los tanques de combustible. Les parecía innecesario tentar a la suerte, a la mala suerte. Pero Arnaldo Santos nunca creyó en supersticiones y, para ser realistas, no había nada que le entusiasmara más que coquetear con el azar. Para alguien que adoraba desafiar a la fortuna, y en eso había consistido básicamente su vida desde que tenía uso de

razón, llevar a un tipo como Stéphanos a bordo era un reto al que le resultaba imposible resistirse. En buena parte por eso se encontraba Santos en el *Volcán Chiriquí*, tratando de conseguir dinero rápido para saldar antiguas deudas que dejó en tierra, en partidas en las que el azar no había estado de su parte. O sea, casi todas. Además, ¿por qué iba a librarse de él? Stéphanos era un marinero disciplinado que sabía hacer bien su trabajo. Manejaba las herramientas con destreza y sabía leer el estado de la mar antes que ningún otro. Mientras cumpliera, no tenía por qué echar del barco a ese griego loco.

También él llegaría hasta el cementerio de barcos y, como el resto, recibiría un buen fajo de billetes. Aunque, por ahora, la recompensa del griego en este viaje era otra. Íntimamente él tenía una misión más que sus compañeros de travesía. La recompensa que Stéphanos buscaba consistía en atravesar aquellas aguas infestadas de tiburones y silenciar para siempre los gritos de los hombres atrapados entre los dientes de aquellas bestias grises. Solo por eso ya merecía la pena emprender el viaje. Jamás lo habría reconocido en voz alta, pero desde entonces el mar le daba pánico. Y tuvo que reunir todo su valor para embarcarse de nuevo. El dinero por embarrancar al *Volcán Chiriquí* no le venía nada mal porque últimamente había navegado más bien poco, pero ni punto de comparación con arrancarse ese trozo de muerte, el recuerdo de esas dentelladas salvajes en el agua que aún llevaba dentro; el miedo de un marinero... al mar.

Apoyado, el griego rumiaba cosas extrañas: «Parece mentira. Debió de ser por aquí y ahora... todo en calma». El horizonte estaba limpio, ni una nube en la delgada arista del cielo. Y la brisa apenas mecía el agua en la superficie marina, que relucía como si fuera de aluminio con los últimos estertores del día. En la cabina del puente de mando se oyó una alar-

ma intermitente y a continuación la voz metálica y distorsionada del cocinero escupida por un altavoz sujeto débilmente por un cable.

—La cena está lista, capitán.

—Ahora mismo bajamos. Contra maestre, mantenga el rumbo. —No era más que una forma irónica de dirigirse a uno de los marineros—. El resto, abajo. Voy a avisar al griego.

El apollado Arnaldo Santos cruzó la cubierta hasta llegar a la proa del mercante panameño. Imitando el gesto de su tripulante, se acodó sobre el acero de la barandilla, junto a Stéphanos, como si fuera su sombra, tratando de mirar el mar con su misma calma y asomarse al alma torturada de su tripulante.

—Es bonito...

—Sí, señor. —Los dos mantuvieron la vista en el horizonte.

—Lo que nos contaste, ocurrió por aquí, ¿verdad?

—Aquí mismo, capitán. Quién lo diría, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Y... cómo estás?

—Bien, señor.

—Me alegro, Stéphanos. La cena está lista.

—Gracias, capitán. —Masticó alguna palabra más, incomprensible.

Desde la popa del barco, en la planta superior del puente de mando, el contra maestre hacía sonar una sirena ronca y tartamuda. Detrás de los cristales resquebrajados hacía gestos apresurados llevándose la mano a la boca y avisando al capitán. El cocinero, que también era un tipo disciplinado, le acababa de anunciar con su voz metálica que se negaba a repartir la cena hasta que Arnaldo Santos estuviera sentado a la mesa. A los marineros no les gustaba esperar, y menos por un griego chiflado que les daba mala espina. Arnaldo Santos se despidió de Stéphanos con una palmada en la espalda. Volvió a recorrer la cubierta y fue directamente al comedor, donde el cocinero

amenazaba con ensartar con un afilado cuchillo la mano del primero que se atreviera a meter la zarpa en la olla que estaba posada en el centro de la mesa.

—¿Qué pasa con ese, capitán? Le cuida más de lo que merece.

—Nada, no pasa nada. Dejadle tranquilo y veréis cómo todo va bien. Ahí está el hombre, hablando con sus fantasmas. También vosotros tenéis lo vuestro, ¿o qué pensáis? No es fácil aguantaros, a ninguno. Al menos sus fantasmas no dan voces.

El cocinero sirvió a Arnaldo Santos, y en cuanto terminó con él apareció un remolino de platos que volaban por los aires a la caza de las patatas con costillas que aún humeaban dentro de la olla. Fonseca volvió a echar mano del cuchillo para frenar a una tripulación alegre y bulliciosa que no dejó de cacarear hasta que todos tuvieron su cena en el plato. Entonces, la calma del mar y el olor a guiso hicieron que por un momento los hombres se sintieran casi como en tierra. Ayudaba que el *Volcán Chiriquí* navegara firme y sin novedad. Tan firme, que daba pena tener que destrozarlo contra la costa, pero así eran las cosas en estos tiempos. Decisiones turbias ejecutadas por hombres turbios. Y turbias recompensas.

—Pues ya veis, yo hubiera jurado que este viaje no nos iba a ir tan bien. No sé. Tenía malos presentimientos. Por lo visto me equivoqué. —Uno de los marineros más veteranos, uno de los que le pidieron al capitán que dejara fuera de la aventura a Stéphanos, se sorprendía en voz alta de la suavidad que los había acompañado casi toda la travesía—. Cuando me enteré de lo del griego, que llevaba meses buscando barco para venir hasta aquí para recordar... o para olvidar, o lo que sea, fue aún peor. Os juro que creí que nos íbamos a pique en la primera semana. Estaba completamente seguro.

—A mí también me pasó, lo reconozco. Me daba muy mal pálpito esa historia suya. Aún me la da. Pero parece que todo va tranquilo, ¿no, capitán?

—Todo va perfecto, muchachos. No hay de qué preocuparse. Ese tipo no es ninguna amenaza. No seáis ignorantes, por favor.

—No es ignorancia, capitán. Es solo que... No sé, todo eso de sus compañeros y su naufragio y sus tiburones y todos muertos menos él... A mí me suena a manicomio. Pero no solo por eso. Yo duermo en su mismo camarote, ya lo sabe, y... hace cosas raras. Muchas cosas raras. Tiene... —Al hablar con la boca llena agitaba el marinero la cuchara por los aires con ademanes de director de orquesta—. Tiene unos peces, ahí, encima de su litera, colgando del techo. No sé si los habéis visto alguna vez. Son unos peces azules de cristal tan gruesos como mi dedo. Los tiene todos atados en fila, de arriba abajo, con un cordel amarillo, y los mira todo el tiempo cuando está descansando. Como si fueran la estampa de un santo, como si se encomendara a ellos. Pero en realidad es una de esas cosas que se ponen en las ventanas para que las mueva el viento... Sabéis de lo que hablo, ¿no? No sé, tiene esos seis peces azules... Son todos azules, ¿sabe, capitán? Todos azules pero todos diferentes. Unos son más claros, casi transparentes, y otros más oscuros. Y Stéphanos no los pierde de vista. Siempre que me despierto, os lo juro, siempre, o cuando me acuesto más tarde que él, le veo ahí, mirándolos. Y a veces los mueve con el dedo para que suenen. Los agita con un golpecito, o los hace girar. Y suenan. Y entonces pone una sonrisa estúpida en su cara. Vamos, que muy bien no está.

El compañero de litera de Stéphanos le contó a la tripulación lo de esos peces de cristal que, cuando el barco se movía porque había oleaje, chocaban unos contra otros y convertían la

fuerza del mar en un tintineo amable. Les contó que en los primeros días a bordo del *Volcán Chiriquí* le preguntó al griego para qué llevaba esos peces encima de la cabeza todo el tiempo, y que Stéphanos se encogió de hombros y se limitó a decirle que a él le relajaban, que le daban suerte, que le habían salvado alguna vez, pero que si le molestaban los quitaría de ahí y se los llevaría a otro sitio. Friedl, con su aire de eterno adolescente y su cara de universitario aplicado, le dijo que no hacía falta, que también a él le tranquilizaban. Y no mentía. Por las noches se tumbaba en la litera de abajo y, si había mar, el tintineo le ayudaba a conciliar el sueño. Se tapaba con la sábana agujereada por los cigarrillos de mil travesías y prestaba atención. Los seis peces azules se frotaban suavemente entre sí, medidos por el casco del mercante panameño. Chocaban las colas y las bocas, las colas y las colas, las bocas y las bocas. Era un extraño lenguaje que llegaba a arrinconar dentro del camarote el ruido de los motores y de la espuma golpeando contra el acero del casco.

—¡Seis peces azules! Ahora sí que lo veo claro, ¡este es un barco de tarados! ¿Vosotros los habéis visto? —preguntó el capitán.

Varios respondieron que sí con la cabeza, y solo uno de ellos con la boca, masticando costillas como si fuese una trituradora:

—Yo sí. Una vez que entré a buscar a Friedl. Pero no sé, son unos peces sin más. Es un poco raro que los lleve aquí todo el tiempo, encima de la cabeza, pero tampoco es para tanto. Casi todos llevamos algo de nuestras casas en el equipaje, ¿no?

—Pues eso pienso yo —remató Arnaldo Santos.

El marinero con cara de niño pidió un poco de paciencia y siguió con la historia para hacerles ver que sí había algo raro en todo aquello. Tres días antes de llegar al punto en el que se encontraban, Stéphanos quitó los peces del techo y los guardó

con mucho cuidado envueltos en una toalla. Cuando Friedl llegó esa noche al camarote para dormir y se tumbó en su camastro la estancia le pareció vacía y se dio cuenta de que le faltaba el tintineo amable de los peces. Afinaba el oído y no los escuchaba. Pasó la noche en vela, sintiendo el ruido sordo de los motores borrachos de gasóleo y preguntándose qué habría pasado con la hilera de peces azules. Por la mañana, cosa rara, Stéphanos se levantó antes que él. Al salir a cubierta, antes de pasar por el comedor para tomar café, encontró al griego asomado por la borda del mercante, sujetando con dos dedos el cordel del que colgaban hacia el mar los seis peces azules. El griego estaba allí, con medio cuerpo fuera del barco, casi a punto de caerse al agua. El viento húmedo del sur movía con fuerza la hilera de pececillos, y el griego arrimaba la oreja para escuchar mejor el sonido que salía de ellos y que se mezclaba con el mar. Luego, encogía el brazo, metía con cuidado dentro del barco el cordón con los peces y repetía la operación. Ponía los seis animalitos azules colgando, la cabeza de medio lado, y afinaba el oído prestando mucha atención al tintineo del cristal. Parecía que terminaba, pero vuelta a empezar. De nuevo los peces suspendidos sobre el mar, agitándose sobre las olas del Índico, y de nuevo Stéphanos, terriblemente serio y con el pelo todo revuelto, arrimando la oreja, como si esos bichos le fueran a contar algún secreto inconfesable o marcarle un punto exacto en el océano.

Amarrados al cordel y retorciéndose por los soplidos del viento del sur, parecía que los peces de cristal estaban realmente vivos. Brillaban al sol con sus destellos azules, como si colgaran de un aparejo mágico y diminuto que lograba sacar las capturas del agua de seis en seis.

Seis anzuelos, seis peces.

Seis trampas, seis peces.

Seis esperanzas, seis peces.

Friedl casi no podía creer lo que estaba viendo. Con el sol apenas desprendido del horizonte, su compañero de camarote maniobraba sobre la cubierta del mercante panameño como un loco, con una ristra de peces de colores sujeta entre los dedos. Arrimándoles el oído. Tratando de escuchar. ¿Escuchar qué?

El *Volcán Chiriquí* seguía firme hacia su destino, con un griego chiflado en proa y una tripulación hambrienta y desconfiada en popa.